

UNA FILOSOFÍA DEL IDEAL¹

Jaume Bofill (†)

Aquest article recull una conferència inèdita del catedràtic de Metafísica de la Universitat de Barcelona Dr. Jaume Bofill (1910-1965). Al llarg de l'exposició, el citat i recordat professor construeix una filosofia de l'ideal a partir del pensament i l'herència de Sant Tomàs d'Aquino.

45

Señor Director, señores Catedráticos, alumnos de este Instituto:

Reunidos hoy aquí para celebrar la festividad de Santo Tomás de Aquino, nombrado por la Iglesia patrono de los estudiantes —es decir, protector y modelo nuestro—, me gustaría que las palabras que me han encargado que, como profesor de Filosofía, os dirija, fueran de algún provecho para todos.

Si no fuera así, si no intentásemos más que cumplir una formalidad, no merecería la pena celebrar hoy este acto; si no fuese así, si no intentásemos más que satisfacer una curiosidad, no podría escapar la Filosofía del reproche, que a veces se le dirige, de

¹ Aquest inèdit del professor J. Bofill (1910-1965) ha pogut veure la llum gràcies al Sr. Eugeni Bofill, que ens ha facilitat el manuscrit i a la Sra. Roser Soliguer, vídua del filòsof, que ens ha autoritzat la publicació. El text recull una ponència que Bofill deuria realitzar el dia de la festivitat de St. Tomàs d'Aquino en algun institut d'ensenyament secundari. El text original conté algunes notes autògrafes que no hem incorporat al text, atesa la dificultat d'interpretar-les fidelment.

no tener ninguna utilidad, de no conducir a ningún resultado práctico; y esto es particularmente grave en una época en la que la vida práctica se presenta con los tan apremiantes caracteres que ha alcanzado en nuestros tiempos.

Siendo esto así, el problema que se nos plantea es éste: ¿qué provecho podemos obtener en nuestros días del estudio de un autor que vivió hace seiscientos años? ¿Qué puede mostrarnos su personalidad?, ¿qué lecciones podemos extraer de su obra? ¿No podemos sacar, cuando menos, el mismo provecho del estudio de otros autores más modernos, más cercanos a nosotros, que hayan sentido, si no nuestras mismas necesidades, por lo menos necesidades cada vez más parecidas a las nuestras; de autores que no ofrezcan la dificultad de estar en latín, que no presenten un vocabulario que a veces resulta tan difícil para nosotros; de autores más de moda, en una palabra?

¿Qué debe tener la figura de Santo Tomás para que la Iglesia, los papas, lo hayan venerado tan insistentemente? Sobre todo los papas modernos, que insisten una vez y otra en proponérselo como maestro, en presentárnoslo como modelo.

¿Es que los papas nos lo recomiendan únicamente por ser rancio? Esto valdría tanto como decir que la Iglesia es una institución que está envejeciendo ya. En efecto, ya sabéis cual es uno de los caracteres que distingue a la juventud de la vejez: la juventud vive de ilusiones, de esperanzas; la vejez vive de recuerdos. Si la Iglesia nos recomendara a un autor únicamente por ser antiguo, sería una institución realmente atrasada; otra cosa es, sin embargo, que rehuya el espíritu de novedad.

Pues bien, si la Iglesia nos recomienda el estudio de la figura y las obras de Santo Tomás, no lo hace, únicamente, porque sea una institución prudente. Lo hace, además, porque es, al mismo tiempo, una institución atrevida, audaz. No nos propone a Santo Tomás porque viva de cara al pasado, sino, por el contrario, porque vive de cara al futuro, porque está mirando siempre el fin al que debe conducir a la humanidad; y porque ve, en consecuencia, que la doctrina del Angélico es la única que tiene virtualidad suficiente para librarnos de nuestros males; es la única que puede ofrecernos, no remedios parciales, sino un remedio total; es la única que puede procurarnos, de un modo completo, aquello que la Iglesia, en sus impulsos hacia la civilización de la sociedad, no deja de ofrecerle constantemente. Quiero decir, en una palabra, la única que nos presenta un verdadero Ideal.

Para tratar este tema ordenadamente, voy a dividir esta conferencia, que será muy breve, en tres partes.

En la primera parte, citaré algunos de los pasajes de las encíclicas donde los papas modernos nos presentan la doctrina de Santo Tomás como el mejor medio de proporcionar solidez a nuestra vida intelectual.

En la segunda parte, estudiaremos rápidamente el estado de la sociedad moderna, haciendo notar algunos de los graves peligros, algunos de los males, algunos de los dolores que está sufriendo.

En la tercera parte, expondremos un breve resumen de la doctrina de Santo Tomás, en lo que, a mi parecer, resume mejor la cuestión que nos hemos propuesto, a saber: de qué manera esta doctrina es un remedio, no para una sociedad cualquiera, sino para la nuestra: para esta sociedad atareada, fatigada, desgarrada, de nuestros días.

Este carácter de la obra de Santo Tomás es, a mi parecer, precisamente todo lo contrario del intelectualismo frío con que se la "descaracteriza" a menudo: Santo Tomás puede ofrecer al mundo moderno un **Ideal de vida** completo, penetrante, capaz de llenar y orientar sus aspiraciones.

1. Textos de los papas en los que se recomienda el estudio de la doctrina de Santo Tomás

Para conseguir nuestro objetivo, hagamos un momento de historia y situémonos a principios del siglo XIX. La Revolución Francesa acaba de suceder.

La Revolución había causado grandes trastornos en el orden social, pero esto era posible porque se presentaba como propagadora de ideologías nuevas. La Revolución ofrecía al mundo, decía, el remedio de todos sus males. Y este remedio no era otro que la rebelión abierta del hombre contra Dios, la divinización de la razón humana. El hombre, libre, independiente de todo respeto a una autoridad superior, no debía obedecer sino a sí mismo, no debía sujetarse sino a su razón. La razón fue puesta en los altares.

Pero no nos ufanemos de este enorme triunfo de la que, cuando se mantiene en su lugar, constituye la más noble de nuestras facultades. Miremos con qué símbolos se la representa, al mismo tiempo que se la ensalza, y comprobaremos con terror que el símbolo de la razón no es otro, para la Francia revolucionaria, que una mala mujer; y que la actividad intelectual no es otra cosa, para los teorizantes que participan de la filosofía revolucionaria, que una secreción del cerebro, al modo como la orina es una secreción de los riñones.

Pero el hombre no puede despojarse nunca, de un modo

completo, de la imagen divina que lleva impresa en su misma esencia. En sus más repugnantes vicios, no puede prescindir de una especie de deseo de grandiosidad y belleza. A todos sus intentos para desprenderse de su dignidad de hombre, añade la idolatría de esta misma dignidad; y si el embrutecimiento de sus costumbres es el castigo con que Dios fustiga su orgullo, tampoco puede quedar nunca exclusivamente sumido en la materia.

Así, vemos como, al lado del positivismo, del sensualismo, de todas las doctrinas que intentan cortar las alas al pensamiento humano, se presentan, en la misma época, los mayores desvaríos de la razón loca de grandeza: de la Alemania invadida por Napoleón nos llegan las doctrinas del idealismo, que hacen del mundo una creación del hombre; en Italia aparecen los profundos defensores del ontologismo, que hacen a nuestro entendimiento mortal capaz de ver directamente a Dios. Son formas éstas, todas, que idolatrarán el poder intelectual del hombre en el mismo instante en que las escuelas anglofrancesas lo presentan como una resultante de la actividad de los sentidos.

Un hervidero de doctrinas se disputa, pues, en ese momento la influencia en las escuelas, que el espíritu de novedad asola hasta que, como si de una especie de contubernio entre todas ellas se tratara, aparece la filosofía de Víctor Cousin, que cree que la verdad no es otra cosa que una especie de término medio entre los pareceres de todos y que consigue, por un momento, la dictadura intelectual en tierras de Francia.

Ningún sistema filosófico, dice Cousin, posee la verdad; todos tienen, empero, algún elemento aprovechable. Y con esta tesis se lanza a yuxtaponer en un sistema del eclecticismo todos estos elementos "partiendo –dice– de la observación psicológica, pero traspasándola en breve en alas de su retórica y de su imaginación".

El sistema de Víctor Cousin despertó grandes entusiasmos. Su discípulo Teodoro Jouffroy preveía ya, como consecuencia de aquél, una era de paz filosófica en la que todas las tendencias se darían la mano en el seno honrado del eclecticismo; ya empezaba él mismo a asumir el papel de heraldo de dicha paz.

Pues bien: se cuenta que este Víctor Cousin, paseando una tarde por las orillas del Sena, entró en una librería de libros viejos. Una obra polvorienta vino a caer en su mano: y, con gran sorpresa por su parte, se dio cuenta de que acaba de descubrir la producción de un "cierto Aquinatense", no del todo falta de originalidad y valor.

No se figuraba Víctor Cousin que aquellas obras, que no

eran otras que las de Santo Tomás, iban a gozar de una preeminencia intelectual que no tendría comparación posible con la que él había disfrutado un breve momento pues en ellas se daba, de modo eminente, una síntesis de todas las verdades que fragmentariamente se encontraban en las demás escuelas; que era, al mismo tiempo, superación de todas ellas.

La obra de Santo Tomás de Aquino era de carácter eminentemente sintético, totalizador; por esto ha sido objeto, desde el primer momento, de grandes aprecio y de grandes ataques. Constituyó, en su tiempo, toda una revolución intelectual. Tardó unos años en conseguir el respeto unánime y la primacía y, enseguida, tendencias predominantemente críticas impidieron que pudiesen sacarse de ella todos sus frutos.

No alcanzará la plenitud de su influencia, incluso después de su canonización, hasta la fecha en que nuestro Francisco de Vitoria utiliza la *Summa Theologica* como libro de texto en sus explicaciones de Teología. Sin embargo, su autoridad había sido siempre creciente en la Iglesia. Esta autoridad llegará a su cima en las sesiones del Concilio de Trento, donde la *Summa* tiene el honor máximo de ser el único libro que, junto con la *Biblia*, preside las sesiones de aquella asamblea que libraré a la Europa Moderna de la barbarie.

La rebeldía de las naciones impidió, sin embargo, a la Iglesia conseguir los frutos que pretendía. Si el Concilio de Trento había luchado para asegurar, al amparo de la divina, la unidad de pensamiento y de aspiraciones de todos los estados europeos, el Tratado de Westfalia estabilizó de un modo irremediable su división.

Empieza con él el predominio en Europa de las naciones protestantes: su ciencia consigue aparecer como la más avanzada y, haciendo su aparición en escena con una máscara sobre su rostro, la filosofía de Descartes prepara el camino a todas las desviaciones que han de venir después.

Ya sabemos a donde se llegó por este camino en el que Europa se ha adentrado cada vez más, sin hacer ya alto alguno en ningún momento. Todos sufrimos sus consecuencias casi insoportables, aunque no todos nos damos cuenta de la causa de tantos sufrimientos.

A la lucha para curar tantos males se incorporan resueltamente los grandes papas de nuestros tiempos; y si Pío IX condena los errores de la ciencia moderna, su sucesor, León XIII, nos ofrece el remedio para curarse de ellos al proponernos, desde su primera encíclica, a Santo Tomás como nuestro maestro intelectual. "Fijando la vista –escribe– en la triste condición del siglo, y abarcando

con el pensamiento la índole de los sucesos públicos y privados, échase claramente de ver que toda la causa de los males que actualmente nos afligen y de los que nos amenazan es haberse corrido a todas las esferas de la vida social, siendo recibidas de muchos con aplauso, las dañosas sentencias, que ya hace tiempo salieron de las escuelas filosóficas, acerca de las cosas divinas y humanas. Porque, como sea natural al hombre seguir el juicio de la razón, en pervirtiéndose esta potencia luego peca también la voluntad; y, así, acontece que la malicia de las opiniones, cuyo sujeto propio es el entendimiento, influye en los actos humanos y así mismo los pervierte."

Aquí se nos muestra el desgraciado poder de la razón humana, su poder para el mal: la perversión de la razón, la perversión de la filosofía, arrastra la de las demás potencias del hombre y de la sociedad.

¿Tiene la Filosofía un parecido poder para el bien?

El hombre es capaz de destruir; no es capaz, por sí solo, de construir. Para ello necesita el auxilio divino, necesita fortificar su razón con la luz de la fe, y su voluntad con el empuje de la gracia. Por esto dice el Papa:

"No atribuimos ciertamente a la humana filosofía tanta fuerza y autoridad que la juzguemos capaz de desarraigar y rechazar todos los errores... Ha de esperarse de la virtud todopoderosa del mismo Dios principalmente, y de su eficaz auxilio, que la humana inteligencia, disipadas las tinieblas de los errores, vuelva en sí y los conozca."

Para esto, hemos de poner nosotros todos los medios que estén de nuestra parte; "entre cuyos medios consta generalmente ser principal el recto uso de la Filosofía". Los beneficios que de ello se siguen "los compendió el gran San Agustín diciendo que con esta ciencia es engendrada la fe tan saludable, y que por ella se nutre, se defiende, y se confirma".

La Filosofía puede, pues, "allanar el camino de la fe y disponer convenientemente los ánimos que la cultivan para recibir las verdades reveladas". La Filosofía puede mostrarnos "que lo que la Ley ordena, está escrito en nuestros corazones". La Filosofía muestra la existencia de Dios y que en Él resplandece toda suerte de perfecciones. Permite dar a la sagrada Teología el carácter de verdadera ciencia. "A ella pertenece, por último, defender religiosamente las verdades reveladas por Dios, y resistir a todos los que sean osados en combatirlos."

Para que la Filosofía pueda dar tan preciosos frutos, es necesario que empiece por aceptar un orden de verdades superior a sus fuerzas naturales; es necesario que se penetre de humildad. Este

método siguieron todos los Padres de la Iglesia y los doctores escolásticos entre los que "descuella sobremanera, como príncipe y maestro de todos ellos, el angélico Tomás de Aquino, de quien nota muy bien Cayetano que, por la suma veneración con que honró a los doctores sagrados, recibió en cierto modo el entendimiento de todos ellos".

El Papa recuerda, entonces, como la preeminencia de esta doctrina ha sido reconocida por todos los fundadores de órdenes religiosas, por las más célebres universidades, por los pontífices que le precedieron.

En la restauración de este magisterio deposita León XIII las mayores esperanzas: él nos permitirá defender la fe y redargüir a los que la atacan. Ella sola tiene fuerza suficiente para, junto con la gracia, volver a ella a los que la odian; ella sola, por su recta doctrina sobre la libertad, la autoridad, el espíritu que han de tener las leyes, puede salvar de la ruina a la familia y a la sociedad civil; ella sola puede vigorizar de nuevo todas las ciencias.

En este parecer insisten los papas posteriores. Así, Pío X dice a todos los que se dedican al estudio de la Filosofía y a la Sagrada Teología que se exponen a grave detrimento si se apartan en lo más mínimo de Santo Tomás, sobre todo en los puntos de Metafísica.

Pese a ello, esta doctrina no pretende únicamente –señala Pío XI– instruir la mente de los hombres sino que, con todo ahínco, procura excitar sus voluntades hacia el amor del grande Amor, que es la causa de todas las cosas.

Vemos, pues, cómo los papas nos proponen a Santo Tomás como guía y maestro. Fijémonos ahora, un poco más en detalle, en cuáles son los males de la sociedad moderna que con el tomismo se intentan remediar y en qué consiste básicamente este remedio.

2. Una ojeada sobre la sociedad moderna

Una sola ojeada a la sociedad moderna basta para que nos demos cuenta inmediatamente de un triste espectáculo: reina la división por todas partes. Observamos cómo la división se hace cada vez más honda entre ciencia y filosofía; vemos la división entre la doctrina y la conducta, entre vida humana y vida cristiana; división entre clases sociales, división entre Naciones, división en las familias, división en los intereses, división en los cristianos mismos.

Y la división, señores, es la muerte, porque la división es el no ser; la división es la negación de la unidad, y el ser, la vida, consisten en la unidad. Sólo lo que tiene unidad tiene ser, sólo lo que tiene unidad puede tener vida.

Consciente de esto, el mundo moderno busca pretextos de unificación para lo que provoca estados pasionales, pero no puede conseguir su resultado. En nuestra época falta verdadera vida intelectual. De nada sirve la multiplicación de centros docentes, si su efecto no ha de traducirse en la orientación de la vida.

Y vemos que el pensamiento de los hombres de hoy en día se encuentra sumido en la irreflexión y la ligereza. Existe una completa inseguridad en los principios. La ciencia misma va penetrándose de aquel agnosticismo que había condenado la encíclica Pascendi, y pierde la confianza en la razón; por todas partes campea el egoísmo humano, por todas partes dominan las pasiones, no el pensamiento. No tenemos tiempo para pensar, para reflexionar; esta palabra, "reflexión", supone para nosotros no una liberación, sino una nueva tortura.

Esto termina, en última instancia, con la negación de la dignidad de la persona humana. El hombre ya no es más que un individuo, un elemento que lucha desesperadamente contra el poder del Estado o que se somete torpemente a él.

Y es que el concepto de persona implica dos elementos, necesariamente. Dos elementos de naturaleza tal que, si bien constituyen la base de la dignidad del hombre, ni uno ni otro puede alcanzarlos el hombre con sus solas fuerzas. Ser persona significa, en efecto, por una parte, la ordenación de la propia vida por la razón recta. Ser persona significa, por otra parte, el sacrificio del egoísmo por el amor.

Y la negación de estos dos elementos, de la dirección de la razón sobre las pasiones y de la necesidad del sacrificio, se ha producido como resultado de dos factores que vician de raíz las concepciones de nuestra sociedad: el naturalismo y el liberalismo.

Por el naturalismo, se ha negado que la sociedad necesite servir a Dios Nuestro Señor y confiar en su amor para alcanzar la unidad y la paz; y la sociedad se ha encontrado privada de paz y de unidad.

La sociedad moderna niega no sólo de hecho, sino incluso en sus doctrinas, la dignidad de la persona humana. Toda ella está llena de desviaciones en este concepto.

En primer lugar, el hedonismo moderno. Constituir el fin del hombre en el placer no es únicamente destruir la personalidad, la virilidad del hombre; es destruir, simplemente, su vida. Vida es superación, vida es ascenso; y la entrega al placer significa, precisamente, todo lo contrario: abandono, descenso.

En segundo lugar, el utilitarismo moderno. Constituir el fin del hombre en las riquezas, en lo que, de sí, es un medio, no un

fin, es condenar al hombre a no llegar nunca a ninguna parte; es condenarle a dar vueltas a una noria. Es construir una gran máquina para que quede preso de unos engranajes.

En tercer lugar, el racionalismo moderno y las consecuencias del racionalismo. Hacer de la razón el centro del universo ha sido matar todo esfuerzo de superación propia. La inteligencia humana tiene su perfección fuera de sí misma; hacerla el centro del universo es imposibilitarla para alcanzar su perfección. En el hombre, el racionalismo ha producido el enloquecimiento de su razón; es lo que, en el ámbito de las enfermedades mentales, denominaríamos el delirio de grandeza. En brazos de este delirio, se ha lanzado a todos los sofismas, y después de ellos a todas las revoluciones; el fin de tanta agitación ha sido su agotamiento en el escepticismo. Y este escepticismo ha conocido, no sólo la fe, sino todas las leyes del pensamiento humano.

La sociedad moderna no cree en nada. No cree en nada racionalmente. Está desengañada de sí misma, está desengañada de todo. Y así, como un enfermo que no cree ya en los médicos se entrega a las drogas o al curanderismo, vemos a grandes masas de la sociedad moderna suspirando por posiciones extremas, fundadas en estados de exaltación pasional, que, con una actividad e impaciencia febriles, les den por lo menos una apariencia de vida y de salud que no tienen; que les den la agitación ya que no se atreven a esperar en la paz y la justicia.

Y decidme: ¿hay mucha distancia de la desesperación a la muerte?

Observamos que este escepticismo gana no sólo la esfera de la conducta moral: ha invadido también la misma ciencia. La ciencia moderna no cree ya en la existencia de leyes naturales; no pretende ser otra cosa sino un método cómodo para la previsión de los fenómenos. Esta misma ciencia, que había introducido el determinismo, hace cien años, en la voluntad del hombre, está introduciendo ahora el indeterminismo en la materia.

Contra este punto de vista se eleva el papa Pío XII en su reciente discurso en la Academia Pontificia de Ciencias.

Es necesario restablecer urgentemente la solidez objetiva de nuestro conocimiento. La ciencia ha de buscar, no una estadística de hechos, sino un conocimiento de la naturaleza de las cosas.

En el conocimiento de las cosas, de la realidad, está la primera perfección de la inteligencia humana. Pero sólo porque las cosas son un reflejo de una realidad superior a ellas, son capaces de fecundar nuestra inteligencia.

La plena expansión de la inteligencia humana exige necesi-

riamente, como condición imprescindible de su vida, la existencia de un ideal de Belleza. La plena expansión del corazón humano, de la actividad humana, en la que consiste en última instancia su completa perfección, exige la existencia de un ideal de Bondad. Una restauración, por lo tanto, de la Personalidad humana; una revalorización de los dos elementos que constitutivamente la componen, inteligencia y corazón, que exigen necesariamente, que exigen irremisiblemente, que se ofrezca de nuevo un ideal al hombre.

La filosofía de Santo Tomás viene a traer este elemento a la sociedad moderna.

3. Una filosofía del ideal

Nada puede ser el ideal de sí mismo, como nadie puede ser ni el modelo de sí mismo, ni el fin de sí mismo. Luego el hombre no puede tener en sí mismo su Ideal.

La palabra ideal significa en efecto, estas dos cosas:

- En primer lugar, un ejemplo, un modelo perfecto. En este sentido usamos la palabra ideal cuando decimos, por ejemplo, que una persona muy casta es el ideal de castidad, que un maestro excelente es el ideal del maestro.

- En segundo lugar, la palabra ideal significa un fin capaz de polarizar todas nuestras energías. En este sentido, usamos la palabra Ideal cuando decimos, por ejemplo, que "dominar Europa era el ideal de Napoleón".

El ideal como modelo, el ideal como ejemplar, es el motor de la inteligencia; el ideal como fin es el motor de la voluntad, del corazón. El ideal de nuestra inteligencia, el ideal de nuestra vida, ha de ser, sin embargo, un ideal verdadero si queremos que consiga su principal efecto: traernos la plenitud, saciar nuestros sentimientos.

Pero nótese bien que, así como para que una medicina cure es necesario que sea verdaderamente una medicina, así para que un ideal tenga eficacia es necesario que sea verdaderamente, realmente, un ideal. Si es un ideal falso, si no es, realmente, un ideal, sólo puede contribuir a fomentar más nuestra desgracia. Y para que algo constituya un ideal verdadero ha de ser, realmente, lo que la palabra ideal significa: un modelo, un fin, algo que no tenga defecto alguno.

Así pues, para que un ideal merezca este nombre no basta con que tenga un cierto grado de perfección: es necesario que tenga toda la perfección. Para que un ideal merezca este nombre, para que produzca todos sus efectos, no basta, tampoco, con que el

hombre se lo presente como tal, que se figure que aquello es el ideal, sin serlo. No basta con que llame ideal a las construcciones de su talento o de su imaginación. Entonces, en efecto, no conseguiría otra cosa que enredarse en las mallas de su propia torpeza. Para que un ideal merezca este nombre, ha de ser una perfección real, u objetiva, independiente de nosotros; no, el fruto de nuestros ensueños.

Y Santo Tomás afirma resueltamente esto: que existe, en la realidad, un Ideal que puede ser imitado; que existe, en la realidad, un ideal que puede ser alcanzado por el hombre.

Ya desde la segunda cuestión de la *Summa Teológica*, muestra el Santo Doctor cómo todas las cosas, por su sola presencia, nos advierten de la existencia de un supremo Ideal de Belleza. Por sus movimientos, por su actividad, por los diferentes grados de perfección que ofrecen a nuestra mirada, por el orden admirable que reina entre ellas, todas las cosas llevan al espíritu humano la seguridad en la existencia de un Ser omniperfecto, origen de todo movimiento, de toda causalidad, de toda perfección, de todo orden.

La Perfección de este Ser es modelo de toda Perfección. La Belleza de este Ser es modelo de toda Belleza. Es el Ideal de Belleza. La existencia objetiva, real, de este ideal de Belleza proporciona un **sentido** a nuestros pensamientos, a nuestros discursos: no se trata ya de puras palabras, las nuestras, que no significan nada, sino que significan una realidad, son imagen de una realidad. Y esta realidad, como no puede ser de otra manera, descansa, se funda, en último término, en una realidad perfecta.

Pero no todos los hombres pueden, con sus solas fuerzas, levantarse a estas alturas, levantarse a la contemplación de este Ideal, modelo supremo de nuestra inteligencia, que no hace otra cosa que balbucearlo, inconscientemente, en todos sus actos, en todas sus aspiraciones a la verdad total y completa. Por esto, para fortalecer nuestra inteligencia y sostener nuestra voluntad, Dios se nos ha propuesto, sin menguar nada su perfección infinita. Dios nos ha ofrecido, por así decirlo, este ideal, al alcance de nuestra mano. Jesucristo, en efecto, concreta para el hombre este ideal divino que está llamado a imitar.

Ninguna doctrina como la de Santo Tomás muestra de un modo tan completo cómo todas las cosas contribuyen a llevar nuestra inteligencia al conocimiento y a la imitación de este modelo perfecto de las que aquéllas son solamente una huella pero de las que nuestra inteligencia constituye más que una huella: es una verdadera imagen. Ninguna doctrina como la de Santo Tomás

penetra los secretos de la realidad, los secretos de nuestra alma, para mostrar, no de un modo abstracto o *a priori*, sino en la realidad misma, del modo más concreto, cómo todas las cosas nos conducen ya, naturalmente, al conocimiento de Dios, de su existencia y de su grandeza. Y cómo este camino ha sido maravillosamente, sobrenaturalmente completado con la encarnación de Jesucristo, que nos ofrece una imagen del Padre; no una imagen cualquiera, sino perfecta puesto que forma con él una sola cosa.

Santo Tomás hace avanzar emparejadas las más altas verdades que se haya atrevido a pensar la razón humana, con las más altas verdades de la fe; y sin confundirlas en lo más mínimo, antes bien deslindándolas cuidadosamente, muestra sin embargo que sólo con estas últimas alcanzan aquéllas su definitivo complemento.

Pero un ideal, decimos, no es sólo un modelo perfecto; es también un fin que alcanzar y un fin tal que pueda satisfacer todos nuestros deseos.

Pues bien, si Santo Tomás ha empezado la primera parte de la *Summa* presentándonos a Dios como modelo acabado de todos los seres, empezará ahora la segunda poniéndolo como fin absoluto de toda actividad. La posesión de este fin no se trata de una posesión cualquiera, sino de su posesión íntima, plena. La posesión de Dios tal como él se posee a sí mismo ha sido ofrecida por Dios al hombre por el don de la gracia. Si el hombre quiere aceptar este destino, se asegura con ello lo que ninguna doctrina moderna puede jamás atreverse a proponer al hombre: se asegura con ello la felicidad.

Fijaos bien en ello, jóvenes de este Instituto. Todo lo que pueda prometeros cualquier doctrina excepto la nuestra, todo lo que pueda prometeros cualquier tendencia social, no es sino una imitación, por una parte, de esta palabra mágica. No es sino desesperación, por otra, de poder alcanzar plenamente lo que ella significa.

Las riquezas os ofrecen la comodidad, la seguridad, el placer. El orgullo os ofrece la exaltación de vuestra persona. La ira y el odio, que se han constituido en exponente y móvil de las modernas doctrinas sociales os ofrecen vengar las injurias que puede haber sufrido vuestra clase y hacer pagar a vuestros enemigos doblados los ultrajes que han inferido a vuestra dignidad ofendida.

Todo ello no es más que una imitación bastarda de aquello a que en realidad nuestro corazón aspira: la felicidad. Todo ello no es más que la confesión tácita, en cambio, de que no esperan ya conseguirla.

La filosofía de Santo Tomás, unificando los esfuerzos de todos los Padres y doctores anteriores, resumiendo en una síntesis

admirable todos los conocimientos de la fe y de la razón, viene a levantar el ánimo decaído del hombre moderno, viene a calmar su corazón agitado. Y le dice: no temas, la felicidad existe. La felicidad es posible para el hombre, la felicidad es posible para ti.

¡Qué misterio que este lenguaje no nos seduzca! ¡Qué misterio que no queramos escuchar tan siquiera las razones que una tan exorbitante promesa nos ofrece! Y es que para esto se necesita ser humilde, y la sociedad moderna no lo es. Para esto, se necesita pedir la luz y la gracia de Dios, y la sociedad moderna no quiere hacer oración. No desesperemos de ello, sin embargo, pues Dios está en la obra y no nos ha de dejar.

Y si la dureza de nuestra vida –que muchos y grandes sufrimientos habremos que pasar en ella todavía– martiriza nuestro ánimo y sacrifica nuestro cuerpo, hagamos el acto de confianza que la doctrina del Angélico viene a proponernos. Y digamos: Dios, que es el ideal de Belleza y de Bondad, no puede dejarnos para siempre. La felicidad es posible para mí. Jesucristo, que nos ha dado su sangre para merecérnosla y su Corazón para animarnos a pedirla, no dejará sin acabar su obra.

He dicho.

Jaume Bofill

Abstract

This article is the transcription of an unpublished lecture by Dr. Jaume Bofill (1910-1965), Professor of Metaphysics at the University of Barcelona. Throughout the exposition, this remembered professor constructs a philosophy of the ideal from the thoughts and legacy of Saint Thomas Aquinas.